

En un salón del barco "Marqués de Comillas", rumbo a América, vemos a Vicens Vives, Santiago Sobrequés, Guillermo Díaz-Plaja y Valenti Fiol.



Vicens Vives i Girona

El 28 de junio cumpli6se el primer decenio de la muerte del gran historiador gerundense Jaime Vicens Vives. Gerundense no s6lo por el mero hecho f6sico de haber nacido en nuestra ciudad, sino porque se mantuvo siempre fiel a su origen y se sinti6 siempre 6ntimamente ligado a las tierras gerundenses con las que jam6s perdi6 el contacto. Un rinc6n de la tierra ampurdanesa, junto al mar latino que tanto am6, guarda sus restos. Escogi6 el recoleto cementerio de la villa de Rosas como el lugar del descanso definitivo.

No he dudado en calificar a Vicens Vives de historiador gerundense dando por supuesto que nadie podr6 interpretar tal calificaci6n como una **capitis deminutio** de su aut6ntica categor6a de historiador universal. Por descontado que Vicens Vives fue mucho m6s que un historiador **gerundense** en el sentido literal del vocablo, es decir, un historiador del pasado de la tierra que le vio nacer, un erudito local. Pero supongo que es del todo innecesario insistir m6s sobre esta cuesti6n.

Pero precisamente porque Vicens Vives fue un gran historiador de su tiempo, o sea un historiador de la vida en sus m6ltiples y variadas facetas, seg6n las nuevas concepciones historio-

por Santiago SOBREQUES



*Vicens Vives sintió el Ampurdán y el Mediterráneo.
Aquí le vemos en una playa de Rosas*

gráficas de cuya introducción en la Península fue ilustre pionero (especialmente a partir de 1950, fecha del IX Congreso Internacional de Ciencias Históricas de París), no podía dejar de sentirse profundamente enraizado en la vida y, por tanto, en la tierra, el ambiente y la comunidad a que perteneció. «Amo a Gerona —escribió en 1949— con el seguro cariño puesto en las personas y cosas que son muy nuestras, en las que nos reconocemos a poco que nos pongamos ante ellas, porque su diapason sentimental concuerda con las más íntimas vibraciones de nuestro ser... Nadie puede desmentir su ascendencia y yo, pese a muchas razones de índole afectiva que me distanciaron de Gerona en mi juventud, no puedo negar que a la postre soy gerundense». Aludía entre estas razones afectivas al traslado del domicilio familiar desde Gerona a Barcelona, ocurrido a raíz del fallecimiento de su padre cuando él apenas había cumplido los 13 años. Pero más tarde Vicens Vives volvió a residir en Gerona en ocasión del cumplimiento del servicio militar y ocupar al mismo tiempo un puesto en la oficina de una gran empresa comercial de la capital, la misma en la que su progenitor había sido duran-

te muchos años apoderado y hombre de confianza de la gerencia. Esta nueva etapa gerundense de la vida de Vicens Vives, aunque corta, ya que no duró mucho más de un año, fue decisiva para concordar su diapason vital — digámoslo con sus propias palabras — con las vibraciones de su infancia. Su posterior vinculación, por matrimonio, con una familia que, aunque residente en Barcelona, era oriunda de Rosas y mantenía estrechamente el contacto con el solar ampurdanés, acabó de religarle a la tierra nativa. El ilustre historiador compartió su vida entre Barcelona, lugar de trabajo, y la vieja Rodas helénica, lugar de descanso y solaz. Pescando en las calas del cabo Norfeu o bogando con su bote por las aguas tranquilas de la bahía por la que penetró en España la Civilización, Vicens Vives podía sentir inefables vibraciones ancestrales. Sus orígenes familiares inmediatos uníanlo a la costa. Su madre perteneció a una vieja familia de Sant Feliu de Guíxols, y su padre a los Vicens de Solius, en la vecina Vall d'Aro, establecidos en el valle desde las profundidades del Medioevo. En la antítesis de mar y montaña, la dualidad creadora de Cataluña, Vicens Vives gustaba de considerarse un **hombre de la costa**, un representante de **aquella gent de la costa**, a la que definía en su magistral «Noticia de Catalunya» como **oberta, amiga de novetats, espavilada, sorneguera, sentimental, lliure, difícil de sotmetre's a una disciplina**, a la que Cataluña debía «los designios mercantiles, las altas construcciones políticas, el desarrollo industrial y la proyección imperialista»; en contraste con las gentes del interior, creadoras de **l'esperit feiner, el seny, el sentit de la continuïtat, la tradició familiar i la responsabilitat social... el millor de què podem ufanarnos**. Elogios, estos últimos, que no podían ser más desinteresados, añadía, porque **la meva nissaga és, precisament, marinera**.

Pero el camino de Rosas a Barcelona y de Barcelona a Rosas, la vieja vía Augusta, que Vicens Vives andó y desandó con tanta asiduidad durante una gran parte de su vida, pasaba por la Gerona natal. ¿Cómo no detenerse en la ciudad aunque no fuese más que para revivir «aquella Gerona suave de los atardeceres otoñales cuando los últimos rayos de sol ponen un tibio manto dorado en las venerables piedras que constituyen las mejores galas de la ciudad»? «Esta es mi Gerona, — añadía — la que invita a meditar sobre su glorioso pasado». Evocándola, Vicens Vives devenía casi lírico y soñador, facetas ciertamente poco acusadas en su recia textura mental de historiador realista, economi-

Una fotografía de estudiantes en la azotea de la pensión en la Gran Vía barcelonesa. Vemos a Vicens Vives, Sobrequés, Garriga, —hoy médico de Sarriá—, Sánchez, —pianista— y Llach, hoy médico de Verges.



co y debelador de «romanticismos». Vicens Vives prefería **la vida**, esto es, la charla con los numerosos amigos y colegas que tenía en la ciudad del «glorioso pasado» y la información acerca de los problemas presentes, especialmente de los culturales, cuyo curso seguía muy de cerca y a los que se consideraba hasta cierto punto vinculado. El fue quien primero se dio cumplida y exacta cuenta de lo que había representado para la cultura del país el grupo de la **Revista de Gerona** de finales del pasado siglo, tan olvidado de los propios gerundenses, de aquellos «Botet y Sisó, Girbal, Monsalvatje, Chía, Grahit, Ametller, Viñas y tantos otros que acuden a nuestra memoria, los cuales han merecido bien de la Historia por su actividad científica. Algunos han tenido la fortuna de haber sido ya asimilados por las síntesis superiores. Otros, los más, esperan aun al historiador que utilice sus años de paciente búsqueda de documentos y engarce sus producciones en el cuadro de la historia general hispánica». Y propuso para aquel interesante grupo intelectual (existió también otro no menos interesante y no menos olvidado grupo artístico) una etiqueta que ha hecho fortuna y que hoy en día es ya corriente en nuestra historiografía: **la primera escuela histórica de Gerona. Primera**, porque Vicens Vives, atento a las palpaciones

de la vida cultural de la ciudad coetánea, descubría una **segunda** o una **nueva escuela histórica de Gerona** entre los investigadores agrupados alrededor del «Instituto de Estudios Gerundenses». No repetiré sus nombres porque cualquier olvido involuntario sería, por mi parte, lamentabilísimo (por otra parte: ¿es necesario?), pero me remitiré a las propias palabras del maestro definiendo, en 1955, «este grupo de investigadores de las comarcas gerundenses, a los cuales la vida ha procurado excelente preparación universitaria y fuerte raigambre local. Gozan por este sólo hecho de un doble manantial espiritual, que caracteriza por lo demás su obra. Hablar del pasado histórico gerundense insertándolo en el acaecer universal y esmaltan los textos de historia general con ejemplarios obtenidos de la documentación patria. Actualmente se cobijan en el seno del titulado Instituto de Estudios Gerundenses y publican una revista, «Anales». Ni uno ni otra, por la mezquindad de los recursos que los sostienen, pueden medirse a escala de la grandeza del corazón de sus habituales colaboradores». Colaboradores entre los que se encontraba él mismo: en el volumen II de la citada revista (1947) publicó un trabajo, «Gerona después de la paz de Ryswick», fruto de sus investigaciones juveniles realizadas en el Archivo Mu-

nicipal cuando, en 1930, compartía en nuestra ciudad el estudio con la milicia y la burocracia mercantil.

Vicens Vives ocupó en diversas ocasiones tribunas gerundenses para dar a conocer algunas de sus obras o sus opiniones sobre pasajes de la historia local. Recuerdo su conferencia de la primavera de 1944 cuando en la Cámara de la Propiedad anticipó las conclusiones de su memorable «Historia de los remensas en el siglo XV», o la de Ferias de 1958 en el local de Acción Católica, o la de mayo de 1959, a un año de distancia de su muerte, en el ciclo cuaresmal de nuestro popular G.E. i E.G.... Perfectamente informado de todo cuanto, positivo o negativo, se hacía en las esferas intelectuales gerundenses, a menudo se le iba la mano escribiendo las reseñas de los trabajos de sus paisanos y amigos, o comentando sus actitudes ante determinadas efemérides de la vida de la ciudad a la que temía verla «caer en un provincialismo de vía estrecha... que es el camino en el que jamás quisiéramos ver metida a nuestra venerable urbe». Comentando un libro de Joaquim Pla Cargol, le agradecía «su noble apasionamiento por Gerona y los gerundenses (que) le ha hecho adoptar actitudes caballerescas ante lamentables claudicaciones ciudadanas», y manifestaba que le era más grato «ponderarlo como eximio gerundense que como miembro de comisiones oficiales y científicas de carácter vario». Es un simple botón de muestra, entre los muchos que se podrían presentar reveladores a la vez de su interés por la gerundense y de la justeza y precisión de sus juicios.

El ampurdanismo de Vicens Vives (digamos entre paréntesis que tuvo incluso su eco administrativo durante varios años perteneció **teóricamente** al Claustro de catedráticos del Instituto de Figueras) se manifestó también en el selecto grupo de amigos que contó en la capital del Ampurdán, porque el camino de Barcelona a Rosas pasa también por Figueras. Tampoco citaré nombres, por lo menos de las personas que todavía, y que sea por muchos años, viven, pero entre los de aquellos que ya nos dejaron para siempre no puedo menos que evocar emocionadamente los de Manuel Brunet y Ramón Reig. Asimismo fue Vicens Vives, en Figueras, en Rosas, en Palafrugell o en otros lugares de nuestra geografía, frecuente comensal y contertulio de Josep Pla. En pocos lugares sentíase más a gusto que charlando sobre todo lo divino y lo humano con un reducido grupo de amigos a la sombra de la gigantesca campana de la chimenea pairal del Mas Pla de Llofriu. Nuestro gran escritor ampurdanés podía estar entonces bien ajeno a la idea de que él habría de ser a no tardar uno de los biógrafos póstumos de su admirado y admirador Vicens Vives. Lo que Josep Pla escribiría en 1962 sobre el gran amigo desaparecido, poco después de un año de su muerte, en el volumen VIII de su célebre serie **Homenots**, podría contarse entre lo más exacto, preciso y afectivo que se escribiría jamás sobre el gran historiador gerundense. Y esto sería así, porque, sin regatear las dotes excepcionales de observador y expositor de Josep Pla, su diapasón sentimental vibraba en la misma concordancia que el de Jaume Vicens Vives, una de aquellas personalidades que nuestra tierra produce sólo muy de tarde en tarde.